

El perro estar



CAROLINA LOZADA



Comité editor:

Néstor Mendoza
Geraudí González
Cristian Garzón

Carolina Lozada
El perro estar



Esta edición se realiza bajo la Licencia Creative Commons. Incentivamos la difusión total o parcial del contenido de este libro por los medios que la astucia, la imaginación y la técnica permitan, siempre y cuando se mencionen las fuentes y se realice sin fines de lucro.

Diseño y diagramación: El Taller Blanco Ediciones
Imagen de portada: sasha-kasha

Contacto: eltallerblancoed@gmail.com

Impreso en Bogotá, Colombia, octubre de 2019

Carolina Lozada

El perro estar



COLECCIÓN Comarca Mínima

Tú eres el perro tú eres la flor que ladra
BLANCA VARELA

Ladra el olvido por la boca de un perro
EUGENIO MONTEJO



LA VIEJA Y LA RATA

La vieja volvió a usar la fundita del té porque en esa casa nada se desperdiciaba y el frío estaba particularmente penetrante esa mañana. Las piernas las tenía abrigadas con unas gruesas y ahuecadas medias de lana, un pañuelo le cubría la cabeza. Un Sagrado Corazón de Jesús sobre la puerta protegía la casa. Al marido, si existió, ya nadie lo recuerda. Todos coinciden en señalar que ella siempre fue vieja y sola, una mujer de muy malas pulgas y poco trato. Para tener nietos se necesitan hijos, y ella nunca los tuvo. Las mascotas por lo general estuvieron descartadas, pero últimamente le gustaba charlar con una rata, un roedor que se asomaba a la cocina cuando ella preparaba sopa de papas con restos de carne, ingredientes picados en tamaños muy pequeños porque los pocos dientes que le quedaban apenas podían masticar.

Todos los días salía a su huerto, a ver de su cosecha. Algunos niños le jugaban trastadas como morderle las manzanas del árbol y dejarle arrumado el montoncito de huesos. Ella estaba harta de reclamarles a los padres y de que estos no hicieran nada para evitar el vandalismo de sus pequeños. Un día decidió talar su único árbol frutal, era eso o echarle veneno a las manzanas, y esto último era complicado; así que le sacó filo al hacha que siempre había estado en la familia. Ella misma se encargó de talar el árbol, esa noche no durmió bien debido al dolor en los brazos, fue demasiado esfuerzo para ese cuerpo cargado de años. La vieja pasó la noche poniéndose pañitos de agua tibia con sal, un agua calentada en la chimenea, cuyo humo

salía a confundirse con el resto de la noche nebulosa de ese pueblo triste y frío.

Esa mañana mientras esperaba que hirviera el agua para el té, miraba por la ventana justo hacia el lugar donde una vez estuvo el manzano y maldijo varias veces a esos truhanes, a esos cuervos de dos patas llamados niños. La rata la oía vociferar no solo contra sus odiados niños sino contra todos, no había ser vivo que escapara de sus imprecaciones, hasta tú, maldita rata compañía. El sonido de la tetera la sacó de su reconcomio y se dispuso a servirse el té junto a unos trozos de pan, era esta su costumbre diaria para sentarse a revisar las cuentas de sus vecinos deudores; mientras tanto la rata esperaba bajo la mesa la migas que se dignaran en caer.

Algunos vecinos les debían dinero, otros víveres o enseres. La vieja al sacar cuentas exclamaba el nombre de los morosos en voz alta y los acompañaba con motes burlones y comentarios afilados respecto a la vida de esos desgraciados sujetos. La rata ensimismada movía sus bigotes y de vez en cuando rozaba con la cola los pies hinchados de la mujer, las extremidades metidas dentro de unas pantuflas afelpadas.

Esa mañana no iba a escampar y la vieja lo sabía, de igual modo tenía que salir a cobrar; la inútil Irina le debía los intereses por el préstamo del par de medias de nailon para la primera comunión de su nieta. La vieja rezongando con una rata a sus pies, el movimiento de las agujas de un antiguo reloj de pared, el agua cayendo sobre los trastos acumulados del otro lado de la ventana de la cocina cerraban el cuadro del

monótono paisaje. Afuera no se veía ni un alma, tampoco ningún demonio dispuesto a comprarla.

La solitaria mujer sorbía de manera ruidosa el té aguado que se sirvió cuando un extraño sonido atrajo su atención. Lo que escuchó fue el rechinar de una puerta al ser empujada. Poco pudo hacer la vieja, un hacha sobre la cabeza es un hachazo; lección poética para los estudiantes piojosos y trasquilados de la escuelita rural de esa comunidad olvidada por Dios y por los geógrafos. Los pasos cortos y torpes de la anciana apenas le permitieron aproximarse a la puerta, pero ya el muchacho había entrado y la había cerrado detrás de sí. Una maldición con voz rabiosa e impactada acompañó el acto de transición entre la mano con el hacha familiar en alto y el precipitado descenso hacia la cabeza coronada con un apolillado pañuelo de pequeñas mariposas azules.

Por intuición genética la rata estaba a buen resguardo, desde su rincón pudo ver las botas negras y escarapeladas en sus puntas que estuvieron dando vueltas por el lugar. Pero era rata, no podía atestiguar por si hubiera un juicio, tampoco dar cuenta de si algo faltaba en esa casa. De igual modo fue muy precavida y no salió de su escondite hasta que el sonido del reloj y de la lluvia sobre los cacharos del patio fue el único ruido familiar a su oído.

La sangre ya había hecho mapa en el piso; un mapa más bien largo y poco ramificado hacia sus costados. El roedor se encharcó las patitas al recorrer la geografía que lo llevaba al destino de un cuerpo herido, mutilado, muerto. La rata se paró sobre la cara, encima del

rostro que acababa de emprender el inevitable viaje al polvo con una mueca de odio y espanto. La rata se detuvo con sus bigotes y patitas nerviosas sobre la boca y comenzó a rumiar.

Afuera la lluvia documentaba su insistente constancia.

EL RUIDO

Yo creo que el ruido entró por la habitación y se escondió en los rincones. Durante el día se revistió con los sonidos propios de la cotidianidad para pasar desapercibido. Fue encubierto por el chirriar de la licuadora, por el televisor a todo volumen de la vecina y sus melodramas favoritos, por los agudos ladridos de Chispita, la schnauzer del segundo piso. Pero en la noche el ruido empezó a reclamar su propia autonomía.

La primera vez que lo oí yo estaba frente al espejo, sacándome el maquillaje. El ruido provino de alguna parte inubicable de la habitación y era como el chillido burlón de un roedor. Mi perra también lo escuchó y apuntó su oreja como radar en búsqueda de su origen. Las dos nos quedamos un rato atentas a un nuevo sonido, pero no ocurrió. Esa noche dormí a placer. Tal vez ronqué, no lo sé.

A la noche siguiente volvimos a escucharlo, pero esta vez era diferente. Ya no era el chillido de un roedor burlón sino el de una rata hambrienta. Son ratones, me dije, debería llamar al fumigador. Atenea ladró en señal de aprobación. Mi perra y yo siempre habíamos tenido buena comunicación. Ella estaba al tanto de mis deseos y decisiones.

El fumigador es un hombre rudo, guapo y tóxico. Mientras hacía su trabajo yo me permitía fantasear con él. Lo imaginaba en varias posiciones sexuales y eso me calentaba, pero la fantasía se esfumaba cuando lo escuchaba hablar. Entregado a su trabajo había

desarrollado un timbre de voz ratonil. Su voz era una caricatura distorsionada.

Una vez culminada su tarea me informó que en mi casa no había plaga, que estaba limpia. Yo le insistí, le dije que podía haber un roedor escondido encabezando una rebelión solitaria. No encontré nada, me dijo, y mi método es infalible. La palabra infalible quedó revoloteando en el aire, no pude dejar de pensar en su pene; lo imaginé duro, erecto, infalible.

Para ayudarme a dilucidar el sonido que me perturbaba se propuso imitar cada uno de los chillidos de los roedores. Me los sé todos, me dijo orgulloso, y procedió a chillar como una rata en celo, como una rata rabiosa, imitó el chillido de una rata recién parida, hizo lo propio con sus crías, también chilló como rata asustada, como una moribunda, y no, ninguno de esos sonidos era el que habíamos escuchado. Entonces no es asunto de ratas, remató. Tal vez no, ¿pero entonces qué es? Dejé la pregunta en el aire.

Lamento no poder ayudarla, me dijo, con el rostro un poco burlón. Tal vez pasa demasiado tiempo en casa, la mente traiciona, debería salir a divertirse. Le faltó poco para guiñarme el ojo el muy osado. Cualquier eventualidad no dude en llamarme para lo que sea, enfatizó antes de despedirse. Lo vi alejarse con su trasero redondo y duro metido en su braga gris de trabajo. Cerré la puerta y no dejé de ofuscar me al pensar que había imaginado a ese tipo reventándome el culo con aquella voz de ratica huérfana.

Traicionada por la mente o no esa noche volví a escuchar el ruido, pero este era más profundo, más grave. Parecía un ruido en crecimiento, algo cavernoso. Ateña ladró y me miró alerta. Si la perra lo escuchaba, él existía.

Ya está bueno ya, exclamé molesta, rata o lo que seas, sal de donde estés. Con una linterna busqué por toda la casa. La perra ladraba, yo la seguía; sin embargo, a pesar de que auscultamos los rincones, no pudimos dar con su procedencia. El ruido era algo omnipresente y al mismo tiempo ausente. Es el ruido de dios, pensé y me reí con amargura.

Esa noche el sueño no fue fácil.

Al principio creí que el ruido solamente había invadido mi casa, pero una mañana mientras estaba en el jardín pude ver a mi vecina. La saludé con la mano. Ella hizo lo propio con un ademán nervioso. Su nerviosismo corroboró la sospecha: a su morada también había llegado el fenómeno. Lo leí en su rostro, en su talante descompuesto, en la angustia atragantada en la mirada. Cuando intenté abrir la boca para exclamar: ¡Ustedes también tienen el ruido! Ella se llevó el dedo a la boca, como quien teme despertar a un bebé malhumorado. El ruido se molesta si nos escucha, comprendí. Nos miramos con ojos desamparados. Cada una entró sin despedirse de la otra.

Gradualmente el ruido se hizo plural y todos se fueron desplazando por la casa y también comenzaron a emitirse de día. Tiempo hacía que estos habían inhibido los ladridos de Chispita, la telenovela de la vecina

y el estruendo habitual de la licuadora. Era como si se organizaran en un sindicato de ruidos: los de las mañanas eran sonidos maquinales, los del mediodía hacían de naturaleza enloquecida con indescifrables y aletargados cantos de pájaros. Al final de la tarde el ruido se corporizaba humano, comenzando con especies de murmullos hasta desembocar en inteligibles conversaciones ya bien entrada la noche.

Ahora era todo él.

Con el pasar de los días nos fuimos habituando a ser silencio mientras el ruido señoreaba nuestras vidas. Ni siquiera Atenea se atrevía a prorrumpir un ladrido, había una especie de contrato tácito entre el ruido y nuestro silencio. Si nos daban ganas de llorar lo hacíamos mordiendo la almohada, los gemidos durante el sexo se convirtieron en asunto de mudos, la frustración y el deseo de gritar eran amortiguados por el miedo a ser atormentados por decibeles insoportables. El insomnio contribuyó con nuestro apaciguamiento vital.

Una noche fuimos sorprendidos con la novedad del ruido orador. Y en su primer discurso inteligible y coherente nos ordenó callarnos o matarnos. Muchos no aguantaron el mutismo y se colgaron de sus lenguas, otros se cosificaron creyéndose muebles, carpetas, mamparas. Yo me quedé a vivir en puntas de pie, en monosílabos mentales, en los gestos de un rostro vegetativo hasta ese día que fui a besar a Atenea en el hocico y ella comenzó a mordirme suavemente hasta el desgarrado final. Esa noche se escuchó el último ladrido de nuestros días.

De estas casas vacías ahora sale una voz. Una voz que
hace desierto.

VIDA DE MOSQUITO

Un mosquito entra por el balcón, procedente de destino incierto. Vuela sobre la sala, regando a su paso un sonido apenas perceptible, como el de un diminuto avión de papel perdido en una guerra que ya terminó. Se desplaza sin fijarse en que mis ojos persiguen su recorrido. Es diestro, su radar logra esquivar las garras del gato que intentan arrebatarse su esquivo presencia. Decidido a aferrarse a un puerto se para sobre el marco plateado del espejo y frente a este hace un doble.

Te veo, mosquito, en tu insignificancia. Ni siquiera eres el diminutivo de algo más grande como una mosca. Eres solo tú en tu habitual pequeñez. Debería matarte con el zarpazo de un papel envuelto. Sería una venganza contra la muerte que tú y los tuyos han provocado en las pieles de los míos. Sin embargo, mi mano prefiere verse libre de venganza y dejar tu pronta defunción bajo la responsabilidad de otros. ¿Acaso existe la muerte natural para ustedes?

Al observarte pienso que en tus patas traes la picadura de una oreja, el rastro de sangre de un hombre que leía el periódico, la rutina cotidiana de alguien melancólico y solitario. No llevas la contraria a mi pensamiento, aunque tu doble tampoco se atreve a confirmarme razón. Mosquito y doble dejen que yo especule, que haga con sus vidas el enredo de otras existencias. Es cuestión de apoltronarme en el sofá e intuir el itinerario recorrido. Aquí también soy un animal en reposo, ese mismo que mientras reflexiona sobre la levedad de tu existencia no oye el disparo que desde la dis-

tancia alguien detonó y cuya bala en su oficio de ser proyectil recorre la mortal distancia hacia su cabeza mientras un mosquito se avecina a la piel que en instantes se servirá muerta.

UN HOMBRE DE POCA IMPORTANCIA

El hombre decidió hacer un montoncito con su poca importancia. Con migas de pan fue recreando el fuerte más compacto jamás construido. Dentro de este su mundo estaría menos desamparado, creía. Las manos agrietadas y tan solitarias que nunca encontraron cuenco en otras manos se empeñaron en la tarea de la construcción. Afuera el mundo desaparecía. Un mundo al que no reprochaba riquezas ni miserias. Un universo ajeno.

Las primeras noches la edificación quedaba a solas, pero un día el hombre temió que fuera invadida por los visitantes nocturnos, desde entonces el temor se hizo vigilia. Usó la bolsa del pan como bandera y cuando la fortaleza estuvo lista él pensó que no tenía himno para ese país recién terminado; así que tarareó una vieja canción de la infancia mientras se paraba firme y conmovido frente a esa nueva patria sin nombre.

Ahora solo faltaba ser hormiga para adentrarse hacia el interior de los muros. Con miras a dicha empresa, el hombre se dedicó a observar a los insectos y comprendió que

para ser hormiga no basta ser pequeño,
para ser hormiga hace falta al menos cuatro patas,
para ser hormiga, el cuerpo teñido de rojo
o negro
para ser hormiga, las filas de sus partes.

Y aunque caminó en cuatro patas y se tiñó de negro entendió que hormiga no quería ser porque no sopor-

taba la idea de la fila y de las otras partes. Una hormiga es un soldado, una hormiga es un camarada, maldijo las formas colectivas. Él únicamente quería vivir con su solitaria y poca importancia. El odio se apoderó de su cabeza y empeoró cuando las hormigas en ordenado ejército se aproximaban a su fuerte.

El hombre les declaró la guerra.

Grandes batallones de insectos sucumbieron bajo los puños y el azúcar envenenada. Pero dentro del fuerte una guerra silenciosa acontecía: hongos malolientes se adueñaban de techos y paredes. Al ver cómo su fortaleza se destruía sin poder hacer nada para salvarla, el hombre se arrinconó en desoladas cuatro patas hasta que los bichos y las moscas dieron cuenta de su caparazón y de su poca importancia.

LOS SOLOS

Abrieron el puerto y el mar se hizo gente, ni Poseidón intentó contener la estampida. Moisés trató de convencerlos de que sus brazos ya estaban viejos y no tenían fuerza para poder aguantar durante tanto tiempo la separación de las aguas. Hicieron caso omiso a su advertencia y continuaron cruzando el mar abierto y entre todos aplastaron a Moisés que se quedó sin el auxilio de Dios porque este también se había largado entre los primeros migrantes. Con los huesos del infortunado profeta, antiguo desgranador de mares, construyeron una barca, en la que se montó la mujer de Lot negada a mirar hacia atrás, donde espanta la noche, según oyó decir a no recuerda qué poeta un día.

Los que se fueron cruzaron el mar durante semanas hasta que un día no quedó más que esa barca de huesos deambulando de orilla a orilla como el recuerdo de una antigua indiferencia.

El río, nuestro afluente más cercano y querido, no soportó tanta soledad y acorde a su jurisdicción se tragó la iglesia, la plaza, sus palomas, los balcones y se echó a vivir debajo del agua sin su asomo sobre las piedras. Fue así como nos quedamos solos, haciéndonos los vivos, manteniéndonos sobre estos restos de mundo, solos y sin alas para espantar las moscas, solos y con acumuladas tristezas.

Para tener idea de cuántos y quiénes éramos hicimos un censo, los resultados nos empobrecieron más: no quedó juventud, no quedó infancia; apenas un paste-

lero; nadie para sembrar la tierra; un par de policías que vivían a escondidas; ningún perro porque hasta Catire se fue; una abuela con alzheimer sin recuerdos de remedios ni comidas, varias mujeres, un puñito de hombres; ningún sacerdote y todos los pecados; ni un médico, ni siquiera un yerbatero, pero nos quedó trigo, bastante levadura, un alambique y varios sacos de papas.

Además de solos también estábamos aburridos, los días transcurrían en un lento sopor en los que nos dedicábamos a mirar al cielo e inventar orgías y guerras entre nubes, la ociosidad nos permitía especular sobre qué hay en la despensa de Dios y adivinar en cuántas vueltas se iba a echar el hombre que empezó a creerse perro y que andaba detrás del grupo como un sabueso zalamero en sus cuatro patas. A veces nos preguntábamos cómo estaban los que se fueron y si acaso se acordaban de nosotros. No había modo de saberlo, ningún cartero quedó para traernos la correspondencia que nadie enviaba porque pronto entendimos que nadie envía cartas desde el porvenir. Por necia costumbre o infantil fantasía a veces íbamos al mar para ver si algún arrepentido regresaba, el paisaje desolado con un sol y las nubes que ya parecían de cartón viejo y desteñido no hacía más que respaldar el temor de la mujer del carnicero Lot: quien vuelve atrás lo espanta la noche. Resignados y dolidos nos meábamos en la orilla del mar como si quisiéramos hacerles llegar a los que se fueron la sal de nuestra amargura y nos devolvíamos a nuestra rumiante soledad hasta que un día a uno de los nuestros se le ocurrió una idea: hagamos un festín hasta reventar. Fue una gran idea que casi todos aplaudimos.

El entusiasmo por la fiesta nos cobijó, trabajamos desde temprano en comunidad, estábamos decididos a hacer una inolvidable celebración, esta vez nos comeríamos la tristeza. El hombre perro saltaba en sus cuatro patas y no cesaba de mover la ridícula cola de tela que le pusimos sobre el trasero mientras nos veía afanando en la organización del festín.

Fue la oportunidad dorada para lucir nuestras mejores prendas ya olvidadas en nuestra casi desnudez diaria. Algunos hombres sacaron sus corbatas y sombreros, otros más elegantes y más viejos apostaron por un frac cuya nocturnidad contrastaba con la brillantez del sol y ese polvillo que repentinamente comenzó a levantar el viento y que hacía que los faroles de papel que pusimos de adornos sobre las mesas se movieran como estrellas a punto de desprenderse. Algunas mujeres optaron por las infalibles perlas, otras decidieron gastar el resto de maquillaje que les quedaba en sus rostros. De algún modo éramos un carnaval a destiempo.

No había músicos para acompañar la velada; sin embargo, no estábamos dispuestos a someternos a la opacidad del silencio, así que torturamos violines, armonías y guitarras y todos bailábamos en medio de aquel polvillo que el viento nos arrimaba. Al pastelero pusimos a amasar pan en formas de niños que crecieron gracias al poder cósmico de la levadura y que comimos acompañados del agrio, asqueroso, pero estimulante licor de papa. Todos estábamos contentos, un poco delirantes, nos hacíamos promesas de nunca abandonar este lugar; éramos unos borrachos román-

ticos, tristes, patéticos y fastidiosos que inventábamos cánticos del tipo uno para solo y solos para uno. Hasta la abuela con alzheimer se embriagó y pocos nos fijamos que con pasos tambaleantes y un collar de flores falsas fue a dar al río que escondía su agua en lo profundo junto a la iglesia y el resto de las cosas.

Ya muy ebrios oímos que uno de los hombres propuso: ¿y si buscamos a los policías y les cobramos nuestros muertos?

Je,
jeje,
hora de descontarnos,
vamo.

Era de vernos, ¿por qué ningún cineasta estuvo ahí para documentar la escena?, porque todos se fueron. Los solos, los locos rumiantes caminábamos tomados de las manos, cada uno era el eslabón irrompible de una cadena; el primero llevaba un reloj de arena, el resto palos, el último tocaba la armónica y caminaba de espalda, a contracorriente del grupo, pero era arrastrado por la fuerza de todos. Danzábamos y las nubes de polvo envolvían nuestros cuerpos, estropeaban el maquillaje de las mujeres y alejaban las corbatas de los cuellos de los hombres, los sombreros volaban, sin que nadie rompiera la cadena para recuperarlos. Muy cerca nos seguía el hombre perro sin parar de ladrar, confundido por el destino que seguíamos pero leal a nuestro infortunio. Sin perder el ritmo sonábamos paredes, pateábamos puertas de casas abandonadas, hacíamos ruido, barullo, éramos manada.

Descendimos hasta el escondite de los policías, logramos hacerlos salir y notamos que se estaban muriendo de flacos. Las mujeres se acercaron y los rodearon con guirnaldas de plumas violetas y les lanzaban besitos mientras los amarraban, el hombre perro no vacilaba en gruñirles, mostrarles los dientes y tirarles tarascadas. Vamos, policías, vengan a comer estos pancitos en forma de niñitos. Acérquense, hombres, que venimos por sus huesos porque con ellos vamos a hacer a Dios a imagen de nuestra semejanza y lo vamos a atar de cabeza y a enterrar de pie para que no nos falle de nuevo, para que no se escape, para que no nos vuelva a abandonar.

A los policías los colgamos y le dimos piñata, con sus huesos hicimos a Dios y con él nos fuimos hasta la orilla del río para que mediara con él y nos dejara entrar a buscar a la abuela y a sacar la iglesia y el resto de las cosas. Pero el río estaba empeñado en no dejarnos pasar. Ábrenos la puerta que te traemos serenata, ábrenos que aquí hay licorcito y también unos restos de pan. Abre la puerta, río, que aquí te traemos estos huesitos de Dios. Ábrenos que somos gente de estas aguas, no nos echés al mar.

Y somos gente de estas aguas y no nos echés al mar.

Y somos gente de estas aguas y no nos echés al mar. Nadie sabe por qué el río se conmovió, tal vez fue nuestro ridículo sentido de pertenencia o porque Dios estaba a nuestro lado, nunca lo sabremos, pero ese día la puerta se abrió y toda el agua se nos hizo encima y pudimos ver nuevamente a la abuela con los ojos llenos de piedras, a la iglesia profunda y mohosa a donde

Dios fue a parar. Y allí nos quedamos toditos los solos
en ese río lleno de huesos.

EL DESCONCIERTO

María Eugenia era la más linda del salón, pero la mañana en que las tripas de su estómago comenzaron a sonar ella perdió su encanto y también nuestro embeleso. El primer sonido fue tímido, perceptible apenas para los más cercanos a su asiento, parecía el maullido de una gatica huérfana. El siguiente fue voraz, como si a la gatica la hubiera devorado un león hambriento. El tercero se oyó como un motín general en el arca de Noé.

Las risitas en el aula sacaron a la profesora de su concentración. ¿Quién es el bromista que está haciendo esos ruidos?, preguntó severa mirando por encima de sus lentes. Callamos y aguantamos la risa, nadie quería ser amonestado y menos resolver problemas matemáticos en la pizarra. María Eugenia agachó la cabeza avergonzada. La profesora continuó resolviendo ejercicios de regla de tres. Nuevamente las tripas de María Eugenia interrumpieron en un afán burlón para humillarla. La profesora dejó caer el marcador, el rostro se mantuvo de perfil con la oreja atenta a cualquier sonido, como la oreja de una gata cazadora. En medio del tenso silencio las tripas volvieron a sonar, esta vez estaban enloquecidas, rabiosas, desesperadas. Fue inevitable, casi todos soltamos la carcajada. La profesora gritó ¡basta! María Eugenia se echó en llanto bajo el drama de su rostro pálido y ojeroso.

Es mi estómago, profesora —dijo— tengo varios días sin comer. La profesora estaba conmovida y algo confusa, revisó su cartera, como buscando algo con ansia,

algo que ofrecer; tal vez una galleta, restos de torta, pero no encontró nada. Frustrada volvió a la pizarra, deben resolver estos ejercicios —ordenó— y no miró más a la aludida, tampoco al resto. Con los brazos cruzados se quedó observando el paisaje desde la pequeña ventana del salón, un paisaje de bucares y escandalosos torditos. María Eugenia continuó llorando, pero en chiquito. Nadie más rio, ni siquiera cuando uno de los compañeros les pidió a las tripas de María Eugenia que por favor lo dejaran concentrarse en la tarea.

Con el correr de los días ya no eran solo las tripas de María Eugenia, paulatinamente todas las tripas del salón se manifestaban en una armonía casi pitagórica. El Director, que también era el entusiasta jefe del Partido, se le ocurrió que debíamos hacer algo productivo con ese particular talento colectivo: formemos la más impresionante orquesta de tripas e iniciemos una gira mundial para recolectar fondos para nuestra querida escuela.

Como éramos alumnos de una escuela pobre, ubicada en un pueblo tan recóndito que carecía de nombre y de ubicación en el mapa, lo de gira mundial se redujo a visitar caseríos tan pauperizados y pequeños como el nuestro. Al principio llamábamos la atención porque ejecutábamos magistralmente clásicos como La cucaracha y La burrita flautista, pero pronto dejamos de ser novedad porque las tripas de estos pueblos empezaron a interpretar sus propias composiciones y a acallar el canto de sapos, luciérnagas y gallos.

Pobres, fracasados y con hambre volvimos a nuestra escuela. A los pocos días María Eugenia no retomó

clases. Los padres alegaban muerte por hambre y desnutrición frente a los desconfiados detectives que no cesaban de escuchar un alarido de tripas proveniente de la habitación de la infeliz muchacha. Es el hambre metafísica, dijo el padre, antiguo profesor de filosofía, y abrió la puerta de su casa invitándolos a salir.

Después del caso María Eugenia la deserción aumentó y una mañana oscura como el hollín la profesora de matemáticas amaneció colgada en su habitación.

Las tripas poco a poco fueron dando de baja a todo el pueblo, hasta al Director y jefe de Partido que intentó cruzar la frontera junto a Godofredo, su cerdo amaestrado. Al Director le vaciaron los intestinos y a Godofredo se lo comieron. Desde entonces, en todo el pueblo, bajo su suelo, detrás de sus puertas y paredes suenan sin menoscabo de lunas o soles las condenadas tripas en el desconcierto de su hambre.

BALANCE DE UNA MALA IDEA

La mujer le propuso un trato a su sombra: vamos a separarnos. Perturbada, aunque consciente de que no debía mostrar señal alguna de conmoción, la sombra apenas prorrumpió un gesto estremecido, tan ligero que la mujer no lo percibió.

La idea de la separación no surgió de la noche a la mañana, la mujer la venía meditando en el hastío de la repetición de sus movimientos, en el estéril amancebamiento de conductas y costumbres. La sombra debía irse, quería estar a solas, pensaba en código para evitar que sus pensamientos fueran pillados por su inseparable compañera. Sin embargo, la sombra no estaba dispuesta a dejarla partir o a que se deshiciera de ella; así que desde esa vez que la mujer le propuso la separación la sombra se echó acurrucada como un ovillo en el catre y mientras su cuerpo dormía ella planeaba la emboscada. Un día tomó la decisión de secuestrarle los movimientos y gestos a su dueña, o a la que creía ser su ama.

En las noches la torturaba con simulacros de suicidios. Apagaba las luces, sentaba a la mujer frente al balcón y ensayaba caídas. La complicidad de los sentidos hicieron que la sombra tuviera el completo control de su ama. Ella no podía gritar, llorar, ni siquiera sentir el olor de la piel chamuscada por los cigarrillos que la sombra le apagaba encima. La sombra era incapaz de conmoverse ante el sufrimiento de su cuerpo.

Pronto llegó el hambre, ya estaba decidido que la mujer no debía comer más hasta que el hambre le reventara el estómago. Y como en sus últimas prácticas se había habituado a la crueldad, sombra y mujer se sentaban a ver canales de cocina en la televisión. La sombra se reía en su retorcido sadismo, la mujer intentaba echarle malos ojos con el rabillo del ojo, pero los ojos no le hacían caso. Ellos eran parte de la sombra. La mujer deseaba levantarse y aplastarle la cabeza con un mazo. ¿Cómo hacerlo si era incapaz de mover un meñique? Ella ahora solo contaba con su voluntad. La fuerza de la voluntad, pensó, si tenía la voluntad de su lado su voluntad era morir, y en eso se puso.

Se puso a morir un día y le trastocó los planes a la trastornada sombra que contaba con tenerla siempre bajo su yugo. Cuando esta comprobó que efectivamente la mujer se estaba echando a morir trató de evitarlo porque ¿qué es una sombra sin cuerpo?

A pesar de sus intentos de sacar a la mujer de su ostracismo no pudo hacer nada y hasta los sentidos se molestaron con ella cuando la mujer amaneció muerta de hambre, de sed y de voluntad. Sus cuencas ya no miraban, su boca no necesitaba el grito. De ella quedó una mueca terrorífica como una forma de abismo.

Los sentidos se fueron molestos a buscarse una vida lejos de la sombra insolente que los condenó al desierto del cuerpo. A solas quedó en el apartamento, sin gestos ni movimientos que imitar. Estaba sola con ese cadáver que se iba descomponiendo irremediablemente. Si el olfato se hubiera quedado con ella, habría percibido el hedor; ese que hizo que bomberos y veci-

nos echaran la puerta abajo y se llevaran asqueados el cuerpo hinchado, supurante y corrompido mientras la sombra los observaba a escondidas.

Los días transcurren entre arañas, polvo y polillas, mientras la sombra embotada de aburrimiento ensaya suicidios desde el balcón, pero ¿cómo se muere aquello que no tiene cuerpo?

LA VACA

Un hombre atacó una vaca con una piedra. Otro hombre hizo lo mismo, y luego otro y otro. La piedra fue el vestigio de la premodernidad, hombres voraces llevados al extremo salvaje de la rapiña. El ojo de la vaca quedó abierto pero no muerto, pudo ver lo que hacían con el resto del cuerpo: los versos sangrientos de un matadero. El ojo vacuno está acostumbrado al horror, el garfio es su última morada. La historia del hombre es también la historia del sacrificio. Caín y Abraham supieron enseñarnos la piel.

El hombre, los hombres, los harapos de sus manos desgarraron la carne, la res ajena, desmembraron los huesos. La turba se hizo cuento de Kafka, ese de una ciudad asolada por la desesperación y un gobernante escondido tras las cortinas.

Pienso en la vaca y en su desgraciado destino. Pienso en el hombre que tiró la primera piedra, ese a quien le dieron hambre por utopía. Los bramidos de la vaca moribunda me empujaron a escribir su tragedia, el suelo rapiñado me hizo comprender la desolación de todo un mapa.

La cortina permanece cerrada.

ENCUENTRO CON UNA MANO MUERTA

Encontrar una mano es raro, es la primera vez que le pasa; toparse con algo tan fuera de lugar como una mano en el basurero. Es lo más extraño que ha hallado desde que adquirió la costumbre de husmear entre escombros y depósitos de basura. No lo hace por necesidad, indigente no es; excéntrica, bastante. Le gusta coleccionar lo que ella llama restos de infancia. Patos de bañera, ositos de felpa con ojos tuertos, algún diente de leche y hasta un Papá Pitufo de fieltro ha rescatado de entre los pipotes. Su casa parece un museo de juguetes rotos; ella misma está un poco rota.

¿Y ahora qué hace con esta mano? ¿Llevarla a objetos perdidos? ¿Denunciarla a la policía? Suena ridículo, ¿cómo se denuncia el hallazgo de una mano? Además, ¿para qué? ¿para que le allanen la casa, la sometan bajo sospecha, le llenen la casa de gente dispuesta a desalojar sus juguetes que tanto esfuerzo le ha costado y al final la manden a un asilo de locos? No es una buena idea. La mano se ve sana, piensa, sana dentro de lo que cabe si tomamos en cuenta de que le falta el resto del cuerpo, se ríe, porque humor tiene y bastante negro. Por el tamaño, aspereza y falta de manicura la mano hallada es de hombre, uno de trabajo, probablemente obrero, cree. Pero ¿qué hacía esa mano en el pipote de basura tan cerca de la caja de pizza y bajo la cabellera roja de una muñeca de trapo? ¿Qué hacía ahí? Como si alguien la hubiera puesto para matar de susto a quien la encontrara, y menos mal que fue ella quien la encontró, ella que está acostumbrada a lidiar con objetos sucios y algunos indecorosos. Condone

usados nunca fallan en los basureros y juguetes sexuales viejos y desgastados, pero ahora esto, una mano, es raro, ¿acaso la mafia le estaba dejando un recado a algún residente de ese edificio o había un asesino descuidado en el conjunto residencial? No estaba ella para ir a preguntar a la conserjería ni a la junta de condominio si acaso se les había perdido una mano masculina, fuerte, velluda y en buen estado. En todo caso, ese trabajo le tocaba a la policía y ella con la policía nada qué ver; así que agarró la mano, también la muñeca de trapo y las metió en su cartera y se fue a su casa a resolver qué hacer.

Lo primero que hizo fue sentarse frente al computador, buscó noticias criminales ocurridas en los últimos días en la ciudad. No encontró nada relacionado a un cuerpo sin una de sus extremidades o a la búsqueda de ese miembro por parte de las autoridades. Puso a hacer café y se dedicó a lavar la mano, a cortarle un poco las uñas que estaban algo sucias y descuidadas. Luego la metió en una jaula para evitar que el gato la agarrara creyéndola un juguete o una presa. A la jaula la cubrió con una toalla. El gato no dejó de curiosear hasta que se aburrió y se quedó dormido. A la mujer le dio hambre, se le antojó un sánduche de atún y cebolla, fue a la cocina, el gato se despertó y fue tras ella; ambos comieron. El gato se volvió a quedar dormido, a ella también le entró el sueño. Durmió y no soñó con manos, con asesinos, no soñó. Al despertar recordó aquella película donde un hombre remendaba la mano de un cadáver, el personaje sabía de taxidermia, a ella no le interesaba nada de eso. ¿Será que lo mejor es botar o enterrar ese extraño hallazgo? A la mujer lo que le interesa son los juguetes viejos, no

las partes rotas del cuerpo humano. Además, ¿qué le respondería a la policía si un día le tocan la puerta y le preguntan si tienen la mano de fulano de tal?

Decidió dejar la mano donde la había encontrado, pero al llegar al lugar se fijó que ya habían despachado la basura y que los pipotes estaban vacíos. Le provocó tirarla al fondo, pero ¿si alguien la veía? Miró a todos lados y notó que en el balcón del primer piso estaba esa vieja que siempre sientan en una mecedora a tomar sol como si fuera un muñeco. Una muñeca siniestra con los ojos nebulosos de cataratas. La mujer le tiene desconfianza a la vieja y a la trompetilla acústica que usa para escuchar, ¿escuchar qué si nadie le habla, vieja loca? se dijo y siguió de largo.

La mano estaba cambiando de color, se hacía perentorio resolver qué hacer con ella. Buscó en internet cómo mantener en buen estado un cadáver o parte de él, se asombró de que la búsqueda ya existía. Recordó el episodio de Los Simpson, en el que Moe pone en salmuera el dedo que Homero había perdido. Se rio y dijo para sí: quizás sirva.

No había manera, la descomposición continuaba su curso, y lo peor era que la mujer le estaba agarrando cariño a esa mano huérfana de cuerpo. ¿Qué podemos hacer?, pensó, vamos a pasarla bien mientras se pueda, le hablaba a la mano.

La lavó, la perfumó, le puso un lazo, el lazo del gato, el animal se ofendió y se echó en un rincón del sofá. Ella también se bañó, se perfumó y se arregló lo mejor que pudo. Había decidido que esa noche tendría una cita.

Hacía tanto tiempo que no salía con nadie que casi había olvidado qué era tener una cita.

Fueron al cine, entre sus planes tenía previsto ver una comedia romántica, nada mejor para un primer encuentro. Al llegar pagó dos entradas, el muchacho de los boletos era tan gánapiro que ni se fijó ni le importó que la cliente pagó dos boletos y entró sola a la sala. Ella estaba entusiasmada, era muy cierto que se sentía parte de una velada romántica. Aprovechó la oscuridad de la sala y puso a la mano en el asiento de al lado, que para eso había pagado dos entradas, pensó, como si estuviera defendiendo su derecho.

En medio de las escenas ella se puso romántica. Deseaba que la mano se pusiera cariñosa y le acariciara el cuello y de ser posible se le metiera por los pechos. La sala se fue llenando de espectadores a pesar de que la película ya había comenzado. En algún momento se acercó una joven pareja, la muchacha se fue a sentar en el asiento ocupado por la mano y la mujer al ver que su mano, con la cual pensaba comprometerse, iba a ser aplastada por el culo de otra mujer se lanzó para evitarlo. Casi con un grito le dijo a la muchacha que el asiento estaba ocupado. ¿Ocupado? yo lo veo vacío, dijo la muchacha. La mujer insistió: está ocupado, pagué dos puestos y déjame en paz, queremos ver la película, imbécil. No tiene por qué ser tan grosera, señora, se quejaron molestos el par de novios e inmediatamente comenzaron a discutir, los espectadores empezaron a silbar, a lanzar vasos y cotufas, y a pedir que se callaran y dejaran ver la película. Ante la algarabía se acercó el mozo acomodador de butacas, quien llevaba consigo una linterna que parecía

lámpara de patio de prisión. Al alumbrar el disputado asiento, los testigos quedaron estupefactos al ver una mano sola con un corbatín rojo y un combo de gaseosa con cotufas al frente. La novia gritó histérica, el novio también, el acomodador estaba pálido y mudo. La prometida de la mano, así se había asumido la mujer, agarró a su consorte, lo metió en la cartera, a la pareja y al acomodador les tiró el refresco y las cotufas y aprovechó la oscuridad y el desconcierto para huir. ¡Agárrenla! ¡Agarren a esa loca! ¡Lleva una mano en la cartera! gritaban sin lograr hacerse entender porque nadie comprendía nada. La sala se volvió un pandemonium, pronto llegó la policía, pero no hubo persona capaz de explicar nada, ni siquiera el acomodador que no paraba de vomitar en el baño, ni la novia histérica que continuaba desmayada, ni el novio, cuyo rastro se había perdido.

Después de correr por un rato, la mujer empezó a caminar con fingida normalidad para evitar causar sospechas entre quienes transitaban a su lado. Al llegar a un parque se sentó en un banco, poco a poco recobró el aliento y la tranquilidad. Abrió la cartera para cerciorarse de que la mano estuviera bien, la tanteó buscando alguna herida, un golpe, un posible rasguño. La mano “estaba bien”. Como la mujer no quería causar otro revuelo dejó la mano apenas asomada en su cartera, también le puso una bufanda porque hacía frío. Había luna llena y a ella le pareció tan romántico el momento que con disimulo acarició la mano con su meñique derecho. Suspiró.

La noche, la luna, la adrenalina del cine la excitaron desquiciadamente. Llevaba demasiado tiempo sin te-

ner sexo, así que esta oportunidad no la iba a perder. No aguantó más las ganas y se fueron a casa, en el autobús le decía palabras sucias a su cartera, ningún pasajero quiso sentarse a su lado.

Cuando el gato observó que su dueña desafortunada abrió la puerta y que se deslizaba contra las paredes como si otro cuerpo la estuviera envolviendo en una danza sexual se saltó de la cama y emitió un maullido gutural y molesto. La mujer encendió el televisor, desde donde se proyectaba un video de Madonna en mallas y tacones contoneándose sobre un piso de baile. La mujer acostó a la mano sobre la cama y con voz carrasposa le preguntó si ese corbatín no le molestaba, le sugirió que era hora de ponerse más cómodo. Le aflojó la ridícula prenda y ella no se quitó el sostén porque no usa sostenes, pero sí se desnudó. Ahora Madonna revoleaba con un sombrero de vaquero sobre un toro de madera y la mujer hacía lo propio sobre la mano-cadáver, y desesperada la atrajo hacia su sexo. Con los dedos inertes buscó su clítoris y con algo de afán y perversa imaginación se metió la mano muerta en la vagina, mejor conocida por ella como cuca, papo, mono.

Durante un par de días más repitió cenas, veladas románticas y contorsiones sexuales. La mano muerta continuaba en proceso de descomposición y en uno de esos necrófilos encuentros uno de sus dedos se partió y quedó dentro de la vulva de la mujer. Ella lo sacó con la destreza de quien se quita un tampón. En ese momento supo que toda había terminado, que había llegado el inevitable fin. Lloró mares, lo lamentó y lue-

go lo aceptó.

Al día siguiente envolvió a la mano en un guante de piel, se vistió de riguroso luto, quiso ponerle un corbatín negro al gato, pero el animal la rasguñó molesto y se escondió de su presencia. No importa, pensó, solo basta ella para darle una digna sepultura a esa mano que la hizo feliz por unos días.

Con tierra y rosas rojas cubrió al cuerpo y lo enterró dentro de una maceta de barro y entre lágrimas y besos se despidió:

Adiós, mano sin dueño.
Adiós, mi buen amor.

GÓTICO AMERICANO

Dicen que las mujeres podemos ser muy despiadadas, el caso es que Dalila, de 45 años, negados a muerte, decidió llamar Pasiflora a su hija sin ningún remordimiento de conciencia. Le puso ese nombre porque le encantó desde que lo leyó por primera vez en un anuncio publicitario en un periódico de los años cincuenta. Sucede que en casa de Dalila Bellow y de Pasiflora solo se lee prensa de hace cincuenta y sesenta años, por decisión de la madre de vivir en un tiempo que ella supone perfecto. Dalila es una mujer muy dada a todo aquello que huela vintage, especialmente toda la década de los cincuenta y principios de los sesenta, puntualmente hasta antes del golpe contra las buenas costumbres que significó el vociferante 1968 –Dalila dixit. Para esta mujer, que viste corsé y rellena sus sostenes con papel sanitario, los años cincuenta representan la década más gloriosa de la humanidad: una época donde ya no había guerra y las mujeres eran mujeres y los hombres eran hombres, suele repetir con especial gracia cada vez que tiene invitados y ella sirve la mesa. Bueno, lo de los invitados es un decir, estos solo viven en su cabeza: la Bellow se ha creado una realidad paralela bajo los criterios de su cabeza alterada, en ese universo imaginario a ella le gusta organizar reuniones sociales en las que imagina tener al jet set más glamoroso del mundo en su casa. También cree que Audrey Hepburn es su mejor amiga y una inigualable asesora de vestuario. Tan cercana se siente a la Hepburn que cuando los canales clásicos anuncian cualquiera de sus películas en casa eso significa estreno y hay que verlo, no importa el núme-

ro de veces que hayan visto el filme. Y lo peor es que Dalila es histriónica y cada escena conmovedora ella lo asume con total dramatismo: llora, se sorprende, sufre soponcios, se desmaya. Está loca.

Es tal el fanatismo de Dalila por ese pasado ajeno que ha tratado de adaptar su vida lo más fiel posible a ese tiempo de costumbres conservadoras, cabelleras onduladas, faldas largas, mucha laca, mujeres abnegadas y maridos ejemplares. En su locura arrastra a su hija.

Pasiflora es lo suficientemente rara como para ser la apestada de su entorno escolar. Tiene comportamientos infantiles que delatan algún grado de retraso. El nombre y el cuerpo no ayudan, es redonda como una mariquita, tiene piernas cortas y la boca pequeña se hunde en el rostro mofletudo. El frizz del cabello le suma una especie de fea corona a su cabeza. De nada valen las medias de nailon sobre el pelo para dormir en las noches, ni las pinzas en forma de vuelta que con obstinada costumbre diaria le pone la loca de su madre.

Desde muy pequeña Pasiflora sufrió las bromas que un nombre como el suyo generan. Por esa razón no quería asistir a la escuela, por eso no tenía amigos más allá de sus colegas imaginarias, todas niñas gorditas vestidas como chiquillas de otros tiempos. El hecho de que su hija no tenga amigas reales no le preocupa en lo absoluto a la madre; al contrario, es mejor así, las chicas de hoy en día son muy precoces, son mala influencia repite sin detenerse a considerar la tristeza y soledad de su hija, a pesar de que más de una vez la

hija se ha acercado llorando porque se burlan de ella, porque se ríen de su nombre. Pasiflora es nombre de flor, de perfume, no le hagas caso cuando se burlen de ti, son unas envidiosas, unas ignorantes, le ha repetido en tono despreocupado cuando la va a buscar al colegio montada en su Chevy 1956, de tonos pasteles: celeste y blanco. Un automóvil mantenido gracias a la maña y habilidad de su mecánico personal, quien goza de los favores sexuales de la doña agradecida por su trabajo. Los favores sexuales consisten específicamente en un rápido cunnilingus, o como lo llama el mecánico: una limpieza de los cabezales de la carrocería. La clienta solo le permite el cunnilingus porque en su Código de ética de una señora decente no podría permitirse tener sexo con otro hombre que no sea su esposo; así que nada de penetración, solo una lamida siempre y cuando el mecánico tenga las manos y la boca limpia. Todo ocurre en el interior del Chevy 1956.

Cuando la madre de Pasiflora se baja del carro, contoneándose con su vestido escotado, de lunares o estampado de flores, con un largo más abajo de las rodillas, estrecho en la cintura y ancho en su falda, el resto de las madres y también algunas profesoras no evitan observarla tan fuera de tiempo pero al mismo tiempo tan extrañamente llamativa. A Dalila le gusta destacar y su guardarropa está repleto de vestidos y accesorios de los años cincuenta. La moda actual le parece vulgar y desatinada.

La casa de estas dos mujeres es otra cosa, si usted piensa encontrar en ella televisión a color, teléfonos inteligentes, computadoras y señal Wifi es mejor que

no entre. Dalila se ha encargado de acondicionar el espacio doméstico de modo que parezca un hogar, dulce hogar, de mediados de siglo XX. El de la cocina es un piso estilo dominó, sobre este hay una mesa de cuatro sillas verdes, de patas plateadas, la nevera tiene escarcha y funciona a gas, la pequeña ventana que da al jardín está revestida por una cortina con ribetes rojiblancos. Sobre uno de los gabinetes empotrados se encuentra, al lado de una lata de avena Quaker, un viejo radio que cómo desearía Dalila emitiera programas de la época en que su modelo estuvo en auge.

Para lograr adecuar la decoración y funcionamiento de un hogar de los años cincuenta Dalila se ha valido del auxilio de Douglas, el eterno enamorado que por ella es capaz de cualquier cosa, hasta ser un esposo de decorado.

Para Pasiflora Douglas es la figura más cercana a un padre, ella lo ha visto desde que era niña merodeando la casa, cumpliendo los locos caprichos de su madre, pero Douglas nunca se ha quedado a dormir con Dalila porque “una mujer decente no puede dormir con un hombre que no sea su esposo”, Dalila, Código de ética, capítulo I. La falta de amor propio ha hecho de Douglas un guiñapo, un individuo al servicio de una loca de capirote. “Doggy, cuelga la lámpara de opalina roja que me regalaste”, “¿a qué hora me buscas para ir al bazar de corotos viejos?”, “¡qué hermosos guantes me compraste, querido!”. “Querido”, “mi mejor amigo”, “¿Qué haría yo sin ti?”, “eres un hombre maravilloso” con palabritas cariñosas, apretones de mejillas y mezquinos premios de consolación Dalila Bellow mantiene esperanzado el corazón del hombre que se

arrastra al paso de su vestido de tafetán.

Si no fuera por la ayuda de Douglas, Dalila no habría logrado acercarse con tanta exactitud al estilo de vida de su época dorada porque, definitivamente, a su casa no entrará ninguna computadora o señal de internet que le permita obtener datos sobre esa época y comprar objetos vintage. Lo de ella es una máquina de escribir y las compras en bazares y garajes. Del trabajo sucio que se encargue Douglas, pero bien lejos de su casa. Ni siquiera Pasiflora tiene derecho a usar computadora, mucho menos teléfonos inteligentes a pesar de las graves discusiones que madre e hija han tenido por el derecho de la hija a la información y a la modernidad. “No, no y no en mi casa no entra ningún aparato de esos. En los cincuenta no existían y la gente era feliz”.

Pero Pasiflora no es feliz.

Pasiflora pudo tener sus momentos de rebeldía, todo el que viva la etapa adolescente tiene derecho a desear patearle el trasero al mundo, pero su inseguridad, su peculiar retraso y el férreo control materno no se lo permitieron. Pasiflora es, por decirlo de alguna manera, más que una adolescente: una zombi, un ser sin voluntad. Sus gestos, su modo de hablar, su carácter displicente dan cuenta de un individuo carente de inteligencia. ¿Y si dejo de dar vueltas y les digo de una vez que Pasiflora es una redomada imbécil summa cum laude? Una tonta que su madre controla a su antojo. Una idiota que según su progenitora ya se le está pasando la edad de casarse (“Doggy, la niña se me está quedando”), y cuyo partido solo podrá encontrar-

lo si lo secuestra y obliga a contraer nupcias con ella.

Dalila Bellow deberá tomar cartas en el asunto.

Desde que tiene memoria Dylan Johnson siempre ha sido el más brillante y el más guapo de todos. Delgado como el padre, rubio y alto como la madre. Sus progenitores más que orgullosos de él están acostumbrados, su hijo es el mejor. El apuesto hijo les lucía desde que era un bebé, hasta llegó a ser modelo para cuñas publicitarias de alimentos infantiles. El hijo de los Johnson-Garibaldi es generacionalmente afín a Pasiflora, a quien desconocía completamente y en quien nunca se hubiese fijado de no haber sido por esa vez que alguien por jugarle una broma a la compañera del colegio la empujó en el patio y el buen Dylan tendió la mano para ayudarla a levantarse, gesto que al principio la robusta Pasiflora no entendió y asumió como una trampa, por eso se negó a dejarse ayudar, pero ante la insistencia del muchacho ella cedió y comprendió que, en efecto, él solo quería ayudarla. En ese mismo instante ocurrió lo obvio: Pasiflora se enamoró. Y desde entonces el amor es el rostro de Dylan.

—¡Estás enamorada, Pasi!

—¡Claro que estoy enamorada! Tú también lo estarías si lo hubieras visto.

—Por supuesto que lo vi, y juro que es el hombre más bello del mundo. Yo estaba ahí, ¿no recuerdas? Te dije que te apartaras porque la Melissa te iba a empujar, pero tú siempre tan distraída no me escuchaste.

La que se queja de no ser escuchada es Martha, su amiga imaginaria, solo a ella, que es su más íntima, le puede confesar ese cosquilleo que le está alborotando el cuerpo y que le humedece la ropa interior. Martha ha sido su mejor amiga imaginaria desde siempre. Con ella habla por teléfono, conversa en persona, le escribe cuando se va de viaje, y si su madre la dejara ser una muchacha moderna la tendría agregada al *Whatsapp*. Las pocas veces que se han enojado es Pasiflora quien corre a pedirle disculpas: no sé qué haría sin ti, —le dice y la abraza.

Dalila y Douglas saben de la existencia de Martha. Ella se lo toma con calma, pero Douglas la ha alertado, no le parece que una mujer de su edad ande con amigas imaginarias. No te preocupes, querido, son cosas de muchachas, —lo tranquiliza. A pesar de los resquemores del hombre, la presencia de la amiga imaginaria se ha hecho tan fuerte que terminaron creyendo en su existencia y aceptándola de buena gana, al punto que en cada celebración hay un puesto para Martha en la mesa y en navidad un regalo bajo el árbol con su nombre.

La única vez que Dalila se preocupó realmente por la relación de su hija con su amiga imaginaria ocurrió en una oportunidad en que oía que susurraban tras la puerta del baño. Atraída por lo ininteligible, Dalila azuzó bien el oído para escuchar mejor y logró entender que Pasiflora, haciendo la voz aguda y meliflua de Martha, decía: pero no abras tanto la boca que te lo vas a tragar todo. Bastante aturdida la madre no esperó más para abrir la puerta y detener cualquier exceso que las jovencitas estuvieran cometiendo, y al hacerlo

pilló a Pasiflora besándose en el espejo.

La explicación que se le ocurrió a la sorprendida para salir del embrollo fue decir que se estaba mirando los dientes para ver si los había limpiado bien. Dalila se hizo un poco la loca aunque ese mismo día le confesaría a Douglas que temía que la amistad de Pasiflora con Martha podría volverla lésbica, que ya era tiempo de buscarle marido a la pobrecita de su hija, que si al menos comiera menos y adelgazara más, que con ese peso iba a ser difícil encontrarle marido, y de paso ese cabello con frizz y esa mala costumbre de transpirar cuando se pone nerviosa. Oh, Doggy, los hijos duelen, mejor veamos I love Lucy, veamos el tiempo en que las familias eran felices. Dalila recostaba su cabeza sobre el hombro de Douglas, ese gesto lo hacía suficientemente feliz por el resto de la semana.

La escena en el baño no era lo que imaginó Dalila, en realidad Martha enseñaba a besar a su amiga. Las primeras prácticas las hicieron con un oso de peluche, luego pasaron al espejo. “Abre la boca”, “no tanto”, “cierra los ojos”, “no te asustes, es solo una lengua”. Después de estas prácticas, Pasiflora se sentía lista para ser besada. El dilema era quién la besaría. Su madre siempre le ha dicho que hay un hombre especial para cada mujer, solo hay que azuzar el olfato para dar con él. Alguna vez Pasiflora le preguntó si acaso Douglas no era el hombre ideal para ella. Doggy es un buen amigo, querida, un hombre maravilloso, pero no es mi tipo, ya llegará el mío – Dalila remató su respuesta con un profundo suspiro que delataba una larga espera.

Preocupada por el futuro de su hija porque “toda mujer debe casarse a temprana edad para echar los pilares de una buena familia” (Código de ética, capítulo dedicado a la familia como ancla de la sociedad), Dalila se esmeró en estar muy atenta a las conversaciones entre Pasiflora y Martha para ver si lograba captar un nombre o una pista que le dijera algo sobre los gustos y las posibilidades de la muchacha. Gracias a este espionaje se enteró acerca del incidente en el colegio y de cómo un candidato a príncipe azul la había auxiliado. ¡Eureka! Dios había escuchado las plegarias de una madre preocupada por la soltería de su hija. El príncipe se llamaba Dylan, hijo de los Johnson Garibaldi, una apreciada familia italo-americana de la comunidad, ahora había que ir por él.

Hay que juntarlos, pensó Dalila. Lo pensó durante días, mientras cocinaba, en el momento en que el mecánico se la chupaba, al ponerse los rollos en la cabeza, mientras hacía la lista de invitados imaginarios a la boda soñada, al dormirse hasta que un día encontró la solución en el tejido de una araña: había que atraer al príncipe azul y emboscarlo.

Para hacer los planes, Dalila cogió una de sus libretas de páginas de colores que suele usar para anotar recetas de cocina y con diestra caligrafía de estudiante de colegio de monjas apuntó:

PLAN A: La seducción

Valerse de todos los recursos de la coquetería femenina para atraer al príncipe.

Herramientas: vestuario atractivo -sugere no vulgar- maquillaje, perfume, peluquería, manicure, pedicure.

Margen de posibilidad: escaso, casi nulo.

PLAN B: La lástima

Fingir enfermedad terminal. Aparentar mejoría gracias a la compañía del príncipe.

Herramientas: Doggy disfrazado de médico. Insumos de hospital, maquillaje para ojeras y palidez, clases de actuación para Pasiflora, diálogos telenovalescos.

Margen de posibilidad: depende del corazón de la víctima.

PLAN C: El secuestro

Tomar a Dylan como rehén y convencerlo de que debe casarse con Pasiflora, de lo contrario matamos a sus padres.

Herramientas: capuchas, soga y cinta para amordazar, grabaciones fingidas de las voces de los padres clamando por sus vidas, un arma por si acaso.

Margen de posibilidad: alto.

Al Plan A apenas le dio una semana, la madre sabía que era tiempo perdido, era imposible que su mucha-

chita pudiera seducir al chico más guapo del colegio. Sin embargo lo intentó, lo hago porque las madres deben darles un voto de confianza a sus hijos, —pensaba Dalila mientras vestía, peinaba y ataviaba a su hija cada día que iba al colegio y cada vez de manera más ridícula y fuera de tiempo, tanto que hasta el propio Doggy se avergonzaba y se achicaba un poco en el carro todas las mañanas al acompañarlas y ver cómo los compañeros se burlaban al paso de ese ser perdido en el tiempo que se bamboleaba con volados rosas y amarillos de poliéster y zapatos de charol.

El Plan B se activó por su propia cuenta, pero no por enfermedad sino por intento de suicidio de la adolescente. Las burlas de esa semana sufridas por Pasiflora llegaron a tal nivel de crueldad que la estudiante intentó matarse triturando varios ansiolíticos, analgésicos y algunas pastillas de flor de valeriana en un batido doble de Toddy con crema chantilly. Pasiflora estuvo hospitalizada, pero del colegio únicamente fueron a visitarla su director y algunos profesores empujados por obligación ética, ningún compañero se asomó. Dalila estaba tan ansiosa por la recuperación de su hija como por la espera de la visita de Dylan, la cual nunca ocurrió.

Doggy, es tiempo de activar el Plan C. Aprovecha y roba la bata de médico y el estetoscopio del hospital. Dylan Johnson se casará con mi hija así sea lo último que haga en la vida, —al decirlo Dalila levantó una ceja, la derecha, como lo había visto hacer a las malvadas de sus telenovelas mexicanas favoritas.

PLAN C

Gracias a su mecánico, que a su vez era el mecánico de los Johnson-Garibaldi, logró obtener el número telefónico de la familia. Durante varios días se dedicó a llamar haciéndose pasar por operadora del servicio telefónico y por vendedora de paquetes turísticos para poder precisar el timbre de voz de los padres de Dylan y de este modo lograr hacer las voces para el audio de rescate. En vista de que los esposos respondían escuetamente las preguntas hechas por teléfono, Dalila inventó hacerse pasar por testigo de Jehová y tocó la puerta de la familia. A pesar de que casi le cierran la puerta en la cara, Dalila pudo mantenerse del otro lado de la cerca. Los padres de Dylan, rendidos ante la insistencia de esa extraña mujer, se dispusieron a escucharla. Pero Dalila más que hablar quería oírlos a ellos y llevaba bajo la ropa una voluminosa y pesada casettera para grabarlos. Douglas insistió en que usara un dispositivo pequeño, casi imperceptible, pero no, a ella esas modernidades, no.

Habló de Dios, habló de la salvación de un modo disparatado, nervioso y poco convincente. Con mucha educación fue escuchada y luego invitada a retirarse, ya ellos tomarían la decisión de visitar el templo o no, buenas tardes. Antes de alejarse, la torpe predicadora dejó una homilía dominical del ritual católico. El esposo miró extrañado el papel y exclamó: pero esto no es una Atalaya ni un Despertad. La mujer se acercó y al notar lo mismo dijo: pobre loca, paso inmediato cerró el seguro de la puerta.

Antes de grabar las voces de los padres suplicándole

al hijo que hiciera caso a todo lo que le exigieran los secuestradores para poder salvar sus vidas pensaron que lo mejor sería que Martha hiciera la voz de la madre, de modo de que si son descubiertos no tendrán evidencia contra Dalila, debido a que Martha no existe. En cuanto a Douglas, a este no le importaba su propia suerte, lo importante era cubrir a la mujer que lo estaba perdiendo.

El par de orates grabaron los mensajes, uno más dramático que otro:

“Hijo, haz caso a lo que te pidan estos señores. Nuestras vidas están en sus manos”.

“Dylan, la vida de tu madre está en tus manos. ¡Sálvala!”

“Hijo, no nos dejes morir. Cásate con esa muchacha”.

El día que salieron a cazar a Dylan Johnson, Dalila se atavió como la Gatúbela de la serie original de Batman mientras que Doggy intentaba imitar la risa del Guasón bajo un maquillaje bastante precario. Obviamente prefirieron la noche y los atajos para evitar ser descubiertos. A la presa la tenían avistada, durante varios días se dedicaron a seguirle el paso para saber su rutina. Esa noche ejecutarían el plan a su salida del Black Star, el cine ubicado en la calle más promiscua de la ciudad. Se ve, el perfecto Dylan Johnson también tenía su lado oscuro.

Lo esperaron en el callejón a la salida del cine, escondidos entre las cajas de basura de los locales comer-

ciales, rodeados de gatos callejeros que transitaban molestos ante la irrupción en su cuadra. “Ya sabes Doggy, esperaremos a que se disperse toda la gente y cuando esté solo le echamos garra”, pero Gatúbela y el Guasón no contaban con un detalle: Dylan no estaba solo.

No hubo manera, tuvieron que cogerlo con La Pantera, la travesti que salió con el joven del cine. La Pantera, hombre negro de cabellera rubia y vestido corto de animal print que se disponía a hacerle un fellatio al muchacho en un rincón oscuro cuando el par de locos los emboscó.

A la fuerza los obligaron a entrar en el automóvil de Dalila Bellow. A pesar de los gritos de La Pantera nadie hizo caso, sus compañeras de andanzas supusieron que era una de sus bromas histriónicas. El barrio es muy variopinto como para alarmarse por un automóvil viejo conducido por Gatúbela y el Guasón y una loca travesti dando alaridos desde el asiento trasero al lado de un hombre amordazado.

En la carretera piloto y copiloto discutieron sobre la suerte de la travesti, quien no dejaba de abrir la boca desde el asiento de atrás debido a que en el forcejeo no pudieron tapársela. Dalila le reclamaba a Douglas y este sudaba nervioso al punto de que el maquillaje se le corría. Libérenos, malditos locos, o los mataré a mordiscos, reclamaba la estridente Pantera mientras su compañero de asiento trataba de zafarse. Unos pocos kilómetros más adelante, tuvieron que detener el carro y bajarse para decidir qué hacer ante el imprevisto.

Dalila fue clara: a su casa no entran negros y menos uno travestido. Su casa es un lugar decente. “Mata a esa bicha, Doggy”.

Douglas sudó, el plan se escapaba de las manos. Nadie había hablado de asesinato hasta ahora.

“Pe pe pero, Dalila”.

Seguramente era el primer “pero” de Douglas en la extraña relación con la mujer. Su primer y nervioso “pero”, temeroso de ser pronunciado, el suyo era un pero amarrado al miedo.

“¿Pero qué?”, lo miró Dalila con la mirada enloquecida de Gloria Swanson en Sunset Boulevard, se notaba que la poca cordura que convivía con ella la había perdido irremediabilmente al asumir el disfraz que llevaba puesto. “Si la matas, esta noche seré tuya, querido”. Al decírselo recostó su sexo contra el del hombre que repentinamente encabritó la mirada.

Mientras tanto La Pantera había logrado zafarse de sus amarras y huía dejando atrás a su compañero. Fue lindo conocerte, pero no quiero morir esta noche, my baby, —le dijo, le dio un beso y salió corriendo. Cuando los secuestradores se dieron cuenta se dispusieron a darle alcance. Una vez cerca de su presa, que gritaba enloquecida: déjenme en paz, malditos locos, ¡auxilio!, ¡auxilio!, que alguien me ayude, ¡auxilio!, ¡perros!, Gatúbela puso la mano del Guasón sobre el tan deseado sexo y maulló como una gatita en celo. Al mirarse se sonrieron. Gatúbela detuvo el carro, Guasón

tomó el arma de la guantera y se acercó a la travesti que se arrastraba exhausta y aterrorizada en la carretera. El Guasón disparó pero no miró. Gatúbela le gritó que volviera a disparar. Lo hizo las veces que ella le ordenó. Juntos rodaron el cuerpo hacia el barranco. Un tacón de aguja quedó solitario en la vía. El secuestrado intentaba gritar. Nadie más lo escucharía.

Era tarde cuando llegaron a casa. A esa hora Pasiflora dormía o fingía hacerlo. Dalila le tenía prohibido el trasnocho, causa ojeras —le advertía; además la suicida todavía estaba convaleciente. Las últimas noches las había pasado deprimida, llorando y con rabia, odiando a todos. Algún día todos se las pagarían, pensaba, sin compartir con nadie sus pensamientos, ni siquiera con Martha, pero Martha la conocía muy bien, sabía todos sus pensamientos.

El sonido de los neumáticos sobre el camino de pinos que conduce a casa la empujó a levantarse y a asomarse por la ventana. Afuera estaba oscuro y su profunda miopía no le permitió precisar las figuras disfrazadas que se bajaban del carro y que recogían algo del asiento trasero: un bulto que no cesaba de moverse. Seguro era su madre con Douglas, ¿pero qué traían con ellos? Extrañada, Pasiflora le pidió a Martha que se levantara y mirara por la ventana. Martha respondió adormilada, tenía mucho sueño, pero Pasiflora insistió. Cuando Martha por fin se asomó, le sonrió a su amiga. Creo que te traen un regalo, —le dijo y la pellizcó con complicidad.

El Guasón y Gatúbela estaban excitadísimos, la aventura del disfraz, del secuestro y asesinato despertó en

ellos una fogosidad que desconocían. Dalila se sentía una fiera bajo su apariencia y de pronto todas sus consideraciones sobre la moral y la ética de una dama se hundieron bajo la ola sexual que la poseyó. Douglas, por su parte, se sentía por primera vez seguro y alegremente viril. La sonrisa burlona del Guasón ya estaba cincelada en su rostro y Dalila lo había prometido: sería suya, gatunamente suya.

Apenas si lograron meter al rehén en la habitación que habían dispuesto para tal fin la pareja se empezó a manosear de la manera más sucia que Dalila Bellow había imaginado en su vida. El Guasón reía en modo desquiciado, Dalila ya no era la dama conservadora de una época dorada de buenas costumbres sino una fogosa gata que ronroneaba sobre el miembro del payaso. Dylan Johnson había quedado reducido al papel de un desgraciado testigo de la liberación sexual del par de depravados. Todo esto ocurría mientras Pasiflora y Martha se dejaban llegar sigilosamente hasta el lugar que temblaba entre los jadeos de los amantes y las patadas del rehén asqueado. Al abrir la puerta, Pasiflora pudo ver los ojos gatunos de su madre mientras era penetrada por el culo. Martha soltó una sonora carcajada. Se había armado la chingada.

A pesar de la irrupción de la sorprendida Pasiflora, el Guasón y Gatúbela no se detuvieron. Mi niña, luego te hablaré de las abejas, —balbuceó la madre antes de emitir el agudo maullido del orgasmo que le reventó en la boca.

El coqueteo de Matha con el invitado a la fuerza logró traer a su amiga de vuelta de su estupefacción. Martha

se acercaba tan imperceptible como el aire y trataba de juntar sus labios con los de Dylan, pero Pasiflora la empujó y se plantó frente al hombre con el que soñaba noche tras noche, el hombre que había deseado desde ese día que le tendió su mano, el hombre que imaginaba al besar espejos y peluches. Lo olisqueó como un animal que reconoce al otro, el rastro se lo siguió por todo el cuerpo. El resto de los presentes miraba en silencio, expectantes. En algún momento, Dalila trató de interrumpir para recordarle a su hija que no fuera tan rápido, que era su primera cita. Douglas lo evitó y la sacó de la habitación y se dispusieron a coger en toda la casa.

Una vez solos, Pasiflora se dejó llevar por sus instintos mientras Dylan imploraba que lo soltara, que él no diría nada a nadie y que ya habría tiempo para conocerse mejor. Mala suerte la del Johnson, Pasiflora, la ignorada, la burlada, la rechazada, lo había deseado tanto al punto de odiarlo por su manifiesta indiferencia y en ese momento lo tenía para ella y para Martha, quien al oído le decía que la mejor pasión es el crimen.

A las mujeres cuando pierden la inocencia se les mancha de sangre la entrepierna, le dijo su madre alguna vez. Pasiflora lo recordó mientras apuñalaba el cuerpo desnudo de su rehén. Martha no dejaba de auparla entre risas y aplausos.

Al reunirse con los suyos, Pasiflora llevaba vestido, sexo y entrepierna ensangrentada. La madre la recibió con una sonrisa y una mirada de quien ha perdido el juicio. Ahora eres toda una mujer, querida, —le dijo y la abrazó. Douglas se unió al abrazo. Ya, podría decir-

se, eran una familia.

Desde esa noche juegan a disfrazarse, a salir a las calles a buscar otras víctimas para el entretenimiento familiar.

EJERCICIO DE LA BREVEDAD

- Y tú que no creías en el monstruo del pantano, y ahí tienes encerrado ese cuerpo descompuesto y cenagoso dentro del clóset. ¿Qué diré a sus padres o a la policía cuando vengan a preguntar por el desaparecido?

Tocan el timbre, límpiate los pies.

- Tener pudor es no llorar delante de las cebollas.
- Un caníbal nervioso es aquel que comienza por las uñas.
- No es suicidio si hay vacío y se es pulga.
- Trapecista hasta que el piso diga lo contrario.
- Nadie mejor que una piedra de río para saber de pasos en falso.
- No plantó un árbol, pero taló un bosque.
- Un pájaro en vela trasnocha su canto.
- Resumen del tiempo desde un tren:
la paciencia de los árboles,
la vaca preñada,
el becerro nacido,
la inmortalidad de la carcasa.
- Ira que de mar padece.

- La intuición es una certeza con problemas de timidez.
- Hay recuerdos que merecen la traición del olvido.
- ¿Qué iba a pensar ese árbol que sería invitado a la cena de sus cuatro patas.
- Del llanto la cebolla es su chivo expiatorio.
- El hombre es una brevedad de pretensión eterna.
- Peor para el árbol no soportar el viento.
- Los añicos son la constancia de la fragilidad.
- A veces quien pone el adjetivo también pone el cadáver.
- Yo soy la de la campanilla, la que burló el ojo al cuervo, la que camina y anuncia en pena:
Esta es la tierra que deshabitaron,
el hueso de la carne de otro tiempo,
el festín de las moscas,
un loco sin dientes que con puño en alto pregunta
¿sabe qué hora es?,
la correa del perro que clama por su dueño,
la costumbre del sol por las mañanas,
un montón de santos abandonados por sus fieles,
el hambre en ejercicio vespertino,
un tordito burlando a un zamuro,
agarren a esa mujer que corre loca y desnuda.
- “A esa hacha solo le falta venganza”.

(Diario de R.Raskolnikov, invierno de 1866).

- Toda neblina justifica un fantasma.
- Peor para el diente la soledad del plato.
- Muchos buenos mueren en la eternidad de los malos.
- “Bajo los pies ninguna tierra es firme”.
(Galileo, Carta bajo la manga, 1599).
- Que el garfio sea su última morada.
(Interpretación libre de El Matadero)
- Antes de la sangre el crimen es pensamiento.
- “Al espejo lo frecuentan los años”.
(Alicia, reflexiones).
- Toca creerse perro y echarse muerto.
- Usted que se quedó para contar fantasmas: no se está viendo las cadenas.



Grabado de Theodor de Bry

ÍNDICE

- 4** La vieja y la rata
- 8** El ruido
- 13** Vida de mosquito
- 15** Un hombre de poca importancia
- 17** Los solos
- 23** El desconcierto
- 26** Balance de una mala idea
- 29** La vaca
- 30** Encuentro con una mano muerta
- 37** Gótico americano
- 56** Ejercicio de la brevedad

Carolina Lozada

Valera, Venezuela, 1974

Narradora. Ha publicado *El cuarto del loco* (Caracas: Barco de Piedra Editores, 2014), *La culpa es del porno* (Caracas: Libros de El Nacional, 2013), *La vida de los mismos* (Caracas: Fundarte, 2011), *Los cuentos de Natalia* (Caracas: Monte Ávila Editores, 2010), *Memorias de azotea* (Mérida, INMUCU, 2007). Lozada fue becaria-residente de la Fundación Bogliasco en el Centro Studi Ligure (Génova, Italia, 2012). Con el cuento «Los pobladores» obtuvo el 69.º Premio de Cuentos del Diario El Nacional (Caracas, 2014).

El perro estar es un ladrido rabioso, melancólico, altanero. Su carácter intencionalmente breve obedece a la certeza de que las pesadillas solo son soportables en sus fragmentos. Este can, guardián de nada y hambriento de todo, aúlla desde las heridas de sujetos destetados de cualquier porvenir. La carcajada seca que lo acompaña es el último estertor de un imposible optimismo.

Como buen perro pequeño tiene gruñido fácil y la mordida siempre dispuesta. Si se le va a acercar ponga a resguardo sus huesos, evite que el animal se los desgarré para azuzar a los locos y también a Dios. Tenga cuidado sobre todo con sus manos, porque podrían ser usadas para empuñar un hacha resignada al crimen o como fetiche sexual de una mujer romántica, solitaria y depravada.

Una última recomendación, nunca subestime la rabia de un perro pequeño.

COLECCIÓN *Comarca Mínima*